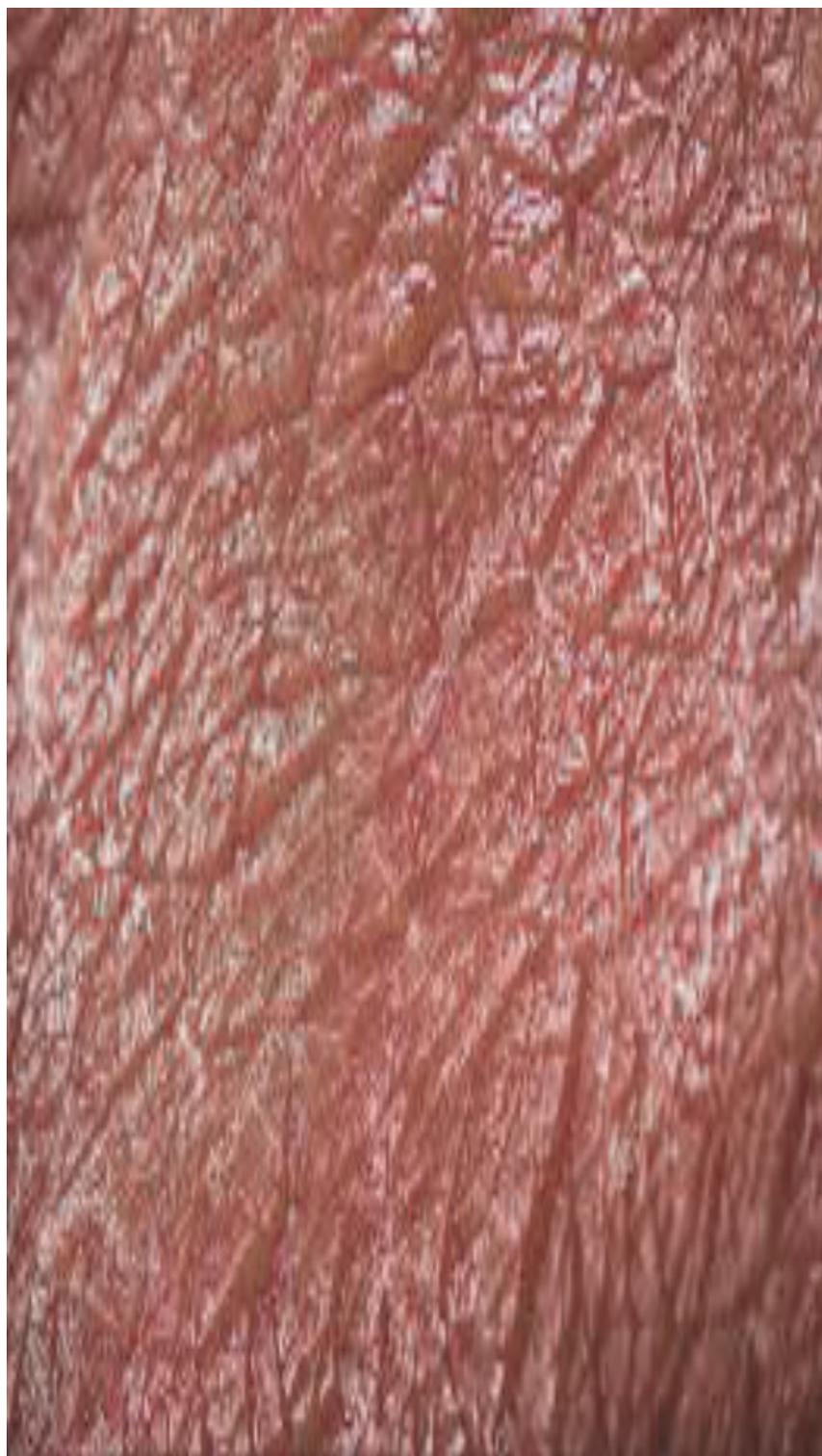


Reina De La Carne

Manuel C.S.



Capítulo 1

I

Antonio no podía creerlo. Entre sus febriles manos temblorosas tenía una vieja edición del extraño libro La Reina de la Carne. Venía ahogado en un plástico traslucido que apenas podía disimular las carencias en la ornamentación de aquella cubierta de cuero marrón oscurecido por la edad. Antonio estaba ansioso, excitado como un cruzado tras encontrar el santo grial, y apenas recordó más tarde haber roto el precinto utilizando dientes y uñas hasta poder posar las yemas de sus dedos sobre la desgastada cubierta de cuero y sentir al final que no estaba loco. Cuero marrón claro sin ningún apelativo al autor de la obra. Solo el nombre escrito con tinta negra casi indistinguible del cuero. Quería creer que no había malgastado su fortuna y perdido en el proceso amigos y familiares por nada. Que no había oscurecido su alma en tierras yermas hasta el punto de que ni a Dios ni al Diablo les parecía fruto de interés.

Aguardó sin sucumbir a la tentación de abrir el pequeño libro y devorarlo ávido de conocimiento allí mismo, en el recibidor de su puerta donde el encargado de correos se lo había entregado en un paquete sencillo. Hizo acopio de su poca fuerza de voluntad y posando el volumen entre sus piernas, guio con sus brazos su silla de ruedas hasta el salón, sopesando en su mente el descubrimiento, acariciando el pensamiento de triunfo inminente como una madre alimenta a un recién nacido. Pronto volvería a caminar y aquello solo sería el principio de su Eden terrenal.

A su imagen y semejanza.

¿Acaso no lo merecía? Antonio había perdido las piernas en un accidente de tráfico que le había costado su movilidad. Antonio había aprovechado su nueva adquisición, un Jaguar deportivo, para sorprender a su joven esposa María —La primera en ser la cuarta—, y tras sobornar a un par de policías, había predispuesto todo para probar la potencia del automóvil en un tramo de carretera largo y habitualmente despoblado. María era una adicta a la velocidad y cuando vio el regalo que Antonio le tenía preparado le colmó de alabanzas y promesas obscenas que habrían hecho sonrojarse a una prostituta del siglo XV. Él se había montado en el asiento del copiloto y había disfrutado ampliamente de la cara de María al volante de aquella bestia de acero y gasolina cuando la aguja de la velocidad amenazaba con desaparecer. Era un trayecto sencillo, despoblado, largo y con perfecta visibilidad. Eran simples pruebas de velocidad, parada, giro de 180° y vuelta a empezar. María tenía una larga experiencia al volante y

había participado en superfluos torneos de velocidad, y sin embargo a veces algo hace un chasquido en el cerebro. En mitad del trayecto, María profirió un violento volantazo que sacó el vehículo de la carretera casi en un ángulo recto, atravesó el quitamiedos y estrelló el coche contra un árbol con tanta fuerza que arrancó las raíces del suelo y quebró el tronco sobre sí mismo. El cerebro es algo maravilloso y Antonio ahora apenas recordaba el violento caos que se formó en el interior del vehículo. No hay que entrar en escabrosos detalles para comprender que ahí se probó por millonésima vez la fragilidad de la fisionomía humana. El impacto había arrancado los goznes del cinturón de seguridad de María —cosa que enriquecería los beneficios de la demanda contra la casa del coche—, y su cráneo había impactado contra el volante. En el caso de Antonio, el golpe había sido amortiguado por el cinturón de seguridad, pero focalizando la brutalidad del impacto en su columna. El flamante coche, símbolo de poderío económico, era ahora una aberración artística que manaba sangre en el lateral del conductor como una fuente abstracta. Su forma rompía la arbitrariedad humana y se fundía con la madera del árbol y la carne de la conductora. Hicieron falta cinco personas para poder levantar, con herramientas selectas, las chapas del chasis y sacar a Antonio, aún en estado de shock. Hicieron falta seis para separar la carne y el hueso de María del volante, el asiento y el salpicadero.

El tiempo volvió a conformar un estado natural para Antonio a las dos horas, cuando postrado en el traqueteo de una camilla de ambulancia empezó a intentar sistematizar todo lo que había ocurrido, sin éxito para el beneplácito de la cordura. Con el tiempo, los abogados se empeñaron en racionalizar los hechos más de lo que a Antonio le hubiera gustado, y no pudo siquiera explicar porque alguien la experiencia de María podía haber cometido un acto como ese si no hubiera intencionalidad por su parte. ¿Cuál era su intención? Este era la pregunta que le irritaba porque su mente no podía entender y en el que los abogados se mostraban más ansiosos por esclarecer. Su relación con María no era la más pura, ni la menos carnal, pero no era infeliz. Ella se mostraba agasajada con los lujos y las atenciones de su veterano marido y aunque el amor no era canon social, no había ni la menor muestra de depresión por parte de la acomodada esposa. A pesar de esto, y de las quejas de Antonio, se declaró que el acto había sido un suicidio con intento de homicidio en primer grado. Premeditado. Esto le enloquecía de furia. Pues si bien no recordaba dolor y su cerebro había olvidado la mayor parte de la atrocidad acontecida en el coche, sí que recordaba la expresión de terror que María había mostrado segundos antes de que pegara aquel funesto volantazo.

Tras los siguientes meses los médicos tenían unas perspectivas muy oscuras a la rehabilitación de sus inertes piernas. Había pasado el tiempo en el hospital entre abogados y peritos del seguro y los siguientes meses a su hospitalización entre más abogados, fisioterapeutas y psiquiatras. El dolor de la paraplejía fue algo mucho peor que el de perder a María, y eso

le hacía sentirse como un monstruo miserable y ruin.

No tardó en adaptarse a la vida de lisiado. A mear en una bolsa, a concretar un poco más y rellenar casillas en su censo que jamás creyó que tendría que rellenar. Ahora aparte de varón y divorciado era viudo y tullido. La pena lo apartó de la normalidad y los pequeños detalles terminaron con su autoestima. Una barra junto al retrete, flagelar sus brazos para introducirse en su cama o una campanita para llamar al servicio. Símbolos de patetismo para un hombre adicto al orgullo. Pequeñas manzanas mordidas de un edén del que fue desterrado.

Con el tiempo Antonio empezó a invertir parte de su fortuna en la ciencia médica, a pesar de los malos augurios de sus abogados y contables, en busca de una cura para su malestar. Pero la ciencia médica es lenta y las previsiones poco favorables. Durante esos años prácticamente lanzó fajos de billetes a cualquier posibilidad, por muy remota que fuese, ante la idea de volver a andar. Cirujanos, médicos, chamanes y curanderos que fueron bendecidos con el don de la oportunidad y la suerte pudieron esos meses poner manjares en su mesa que jamás habrían creído, y permitirse los lujos más extravagantes que de niños habían soñado.

La esperanza se volvió veneno y poco a poco ensombreció su estado de ánimo. El servicio que le atendía era abundante y minucioso, pero cada vez costaba más tratar con un Antonio cada días más irritable, abnegado y resentido. La mayoría se despedía o eran despedido, solo unos pocos con un carácter más cercano a una estatua que a un ser humano mantenían la pasividad pertinente al complicado jefe.

Entonces intentó buscar consuelo en la religión, posándose en brazos del Dios que antaño había maldecido por su condición. Probó suerte en el judaísmo, el budismo, el islam y el cristianismo, y cuando, por último, todos y cada uno de los Dioses le siguieron ignorando, probó suertes con el Diablo.

Primero misas negras, siguiendo la estelas de hombres del talante de Crowley, que se alejaban del demonismo cristiano, en distintas logias de ocultismo profano. El siguiente paso fue intentar vender su alma en logias aún más negras, participando en extraños rituales en los que desprovisto de cualquier ropaje, y siempre postrado en su silla, recitaba blasfemias mientras una joven de dudosa inocencia danzaba desnuda a su alrededor mientras le embadurnaba en sangre de cerdo y cordero.

Tal vez el Diablo no existiera. Tal vez no tuviera alma que vender, pero una y otra vez, buenas o perversas que fueran sus formas, sus deseos fueron ignorados y los señores de cada religión hacían oídos sordos a sus suplicas tañidas de lágrimas.

Cuando su esperanza casi se había marchitado y sus fortunas consumidas —Los preocupados abogados y contables abandonaron el barco mientras se hundía cerca de la costa —, fue cuando recibió la primera noticia sobre La Reina de La Carne.

El soplo le vino en una de las bacanales en busca de iluminación a las que se enfrentaba buscando una vía nueva a la que encomendarse en pos de su recuperación. Allí postrado sobre suelo de piedra, colgado, colocado de sustancias no menos fuertes que el peyote y con extraños tan necesitados de posibilidades como él, no pocas personas en situaciones parecidas a la suya, dispuestas a dar el todo por el pasado. Un hijo perdido, el amor de un amante, la pérdida de un brazo o una enfermedad terminal unían a los necesitados hacia los Dioses con más efectividad que el más elocuente pontífice. Allí, drogado y regurgitando sabiduría insípida con otros comensales igual de apenados e igual de drogados surgió la oscura leyenda de la reina de la carne, una mujer de dicha cuna que había vendido su alma y cuerpo al Diablo como amante en pos de un oscuro poder que permitía moldear la carne y nervio a su voluntad. Podía rejuvenecer a sus múltiples amantes, y solo con pensarlo, producirles el dolor o el placer más colosal que el éxtasis humano jamás había conocido. Podía recrear un miembro humano de la nada y hacerlo crecer de su cuerpo, dotar de belleza o fealdad con una simple mirada, crear monstruos desprovistos del amor de Dios, o bendecir con el don de la vista a un invidente. Antonio no recuerda quien habló en aquel confuso tumulto de pena y drogas, sorprendido se hallaba días después de si quiera recordar la historia, y el nombre Reina De la Carne, se grabó a fuego en sus mente y alma proyectando en sus aspiraciones.

Años indagó sobre la bruja sin éxito, pues cada vez que encontraba algo, se acababa dando de bruces contra un muro sin salida. Investigó en bibliotecas y universidades de historia y literatura en pos de un trabajo, una tesis, una presunción de credibilidad que dotara su último trayecto de algo más que cuestionable su viaje. Se encontró solo, perdido y anegado, pero ya tenía experiencia en eso, y un día, fruto de la casualidad más que de la constancia, llegó a sus oídos la existencia de un libro. Maltrató el resto de su fortuna y al final, hoy, tuvo como compensación el tacto del viejo tomo entre sus manos. Un libro carente de edición formal que más parecía un diario antiguo. Ni por un segundo creyó haber sido fruto de un timo de mal gusto debido a su ansiedad. No, allí posando las manos sobre el libro, sabía que por fin había dado con el designio de sus deseos. Se posó contra la mesa de su despacho, y sin más dilación comenzó a leer.

Capítulo 2

En el sabor de la dicha y de la alta cuna nació una niña que asesinó a su madre en el proceso. Durante nueve meses se abnegó al amor en el interior de su madre y devoró su bajo vientre al nacer, abriendo con su tamaño y rasgando la piel como la tela vieja, vertiendo la sangre que una vez fue vida y que se escapa con la muerte. La matrona, una vieja monja gruesa como un cerdo, apenas pudo llamar al sacerdote para la extremaunción de la señora, que empalideció como una flor al marchitarse, al sentir la vitae empapar el suelo, libre de los conductos internos que otrora fueron rutina y condena, y ahora carne muerta.

La niña nació sana y rolliza y su padre mandó al pueblo cercano buscar mujeres recién bendecidas con el fruto de la vida para alimentar con sus abundantes pechos a su pequeña, y la niña fue bautizada como dicta el sacro sacramento con el nombre de Edith. Nadie supo si fue algún rencor latente en el corazón del padre o fruto de la casualidad que aquella hermosa niña de ojos verdes adquiriera un nombre tan disoluto según las escrituras. Nombre no pronunciado en la sagrada Biblia y atribuido a la mujer de Lot, cuya exceso de curiosidad fue recompensado con muerte y sal.

Edith creció. Su padre la aisló en los interiores de su mansión, lejos del pueblo y de su gente para garantizarle una buena educación que no se corrompiera con malos hábitos que pudiera adquirir de las malas compañías. Un par de doncellas eran las primeras personas que al día veía Edith al despertarse, y las últimas al acostarse. Doncellas encargadas de sus cuidados femeninos, que la vestían y le enseñaban a coser y calentaban su cama en los inviernos. A parte de a ellas y a su padre, a un señor cura dotado de las artes de la enseñanza eran las pocas personas a las cuales la chiquilla podía optar aislada en aquella hermosa jaula. Don Fermín era un hombre recto y severo que azuzaba las sagradas escrituras como un valiente la espada y escudaba la educación de la niña como un privilegio y un deber para con Dios, que la niña creciera recta, firme y buena mujer que diera hijos y buena vida a un correcto marido. Elisa y Sara, sus doncellas eran dulces como la miel y la niña aprendió a apreciarlas mucho más que a aquel extraño desconocido que siempre se aislaba en su despacho y al que durante toda la vida había llamado Padre.

De vez en cuando Elisa contaba emocionantes historias que avivaban la curiosidad de la niña sobre los amoríos que se producían en la aldea cercana. Edith siempre esperaba con alegría la noche, la hora en la cual Elisa mientras le cepillaba los cabellos, le contaba historias de verguenzas y victorias sobre el corazón de las personas que vivían fuera de aquella mansión. Elisa ponía nombres y en su cabecita, Edith ponía las caras imaginándose como en los cuentos que leía a los valerosos amantes como

apuestos personajes y a los pérfidos objetores del corazón como feos monstruos. Estas habladurías llegaron a los oídos del preocupado Padre que no perdió tiempo para echar a la doncella a punta pies. Ni un día tardó en contratar a otra, una vieja rancia de mala cara, y ordenó expresamente a la servidumbre no tratar con la inocente niña ningún tema que no estuviera directamente relacionado con sus obligaciones. Así es como el aislamiento de Edith llegó a su punto más álgido y la curiosidad de la pequeña se tornó en impotencia.

Sus ansías por saciar su curiosidad fueron las que potenciaron su ingenio, y a los pocos meses, no tardó en empezar a idear pequeñas fugas de la mansión. Nada abrumador, apenas pequeños paseos por el bosque cercano, más rápidos que la capacidad de preocupación de sus carceleros, pero solo esto le valía. Paseaba por árboles desnudos por el otoño y no veía muros, ni feos ni hermosos, tan solo horizonte. Con el tiempo al valor le sobrevino la temeridad y poco a poco, las pequeñas fugas se tornaron en largas caminatas, casi siempre de noche cuando todos dormían, por aquella alfombra crujiente de hojas, bajo la luz de la luna llena bañando sus descalzos pálida piel y sintiéndose libre. No temía a la oscuridad, porque la utilizaba para ocultarse, y no temía a las bestias por que unos colmillos afilados no podían ser peor que las garras del cautiverio. Las doncellas debieron sospechar, porque muchas veces Edith se mostraba cansada en sus lecciones de costura o dejaba pequeñas gotas de sangre en las blancas sábanas debido a pequeñas laceraciones en sus brazos o sus piernas, pero o no quisieron ver, o no quisieron hablar. Sea como fuera, Edith esperaba las lunas más relucientes para abrigarse de penumbra y explorar, caminar, bañarse de la aventura y volver cuando los gentiles gallos la advertían de que pronto el acusador sol saldría para buscarla.

Fue una de estas noches cuando conoció a la mujer que revolvería su vida. Al amparo de la noche Edith pudo verla danzando un baile sin música, y aquella no era una mujer como cualquiera otra que hubiera visto. En el más amplio sentido.

La mujer gemía cada vez que en su danza macabra alguna ramita tocaba sus brazos o sus piernas como si estas fueran las caricias de un amante dedicado. Exhibía sus vergüenzas sin nada por lo que temer, y cuando la luz de la luna iluminó su rostro, Edith a punto estuvo de echar a correr, más si la visión era horrible, la niña, tan pequeña que apenas acababa de sangrar el mes pretérito, parecía comprender su belleza mejor que cualquier adulto. La mujer no tenía ojos. Ni ojos, ni cuencas ni ningún vestigio de su pasada existencia. La frente de la mujer comenzaba con un pelo sucio y enmarañado cubierto de muestras de afecto de la naturaleza y acaba con la curva de su nariz sin ningún tipo de orografía carnal. Su rostro era cera derretida. Fue la respiración de Edith la que desconcertó a la extraña mujer, que cesó su danza y se sentó en el suelo sobre la seca

hierba del caluroso verano.

—Hola pequeña ¿Acaso me tienes miedo?

Pero Edith no la temía. Ni si quiera se encontraba escondida. Se acercó con el corazón palpitante, tan excitada que despertó deseos carnales. Elisa le había hablado de esa sensación en sus historias de amoríos, y decía que esos deseos diferenciaban a una buena mujer de una mala guarra, pero con el vello erizado, la garganta seca y los labios húmedos, Edith se cuestionó todo lo que el Padre Fermín le había explicado sobre el decoro y la tentación, porque supo al instante que el verdadero pecado era cuestionarse siquiera una sensación tan hermosa.

Temblorosa se acercó a la mujer, con pasitos cortos, pero sin dudar, y tomó su mano cuando ella se la tendió.

- Siéntate a mi lado, mi niña.

Y allí pasaron el resto de la noche, sentadas en silencio y sin moverse y a su vez, completando una conexión entre ambas que ni los poetas más atrevidos podrían reflejar.

El volver al bosque las noches que la luna lo permitiera adquirió ahora un sentido nuevo para la joven que empezó a descuidar sus labores impulsada por la falta de cuidado que transmite la temeridad que impulsa el amor. Las noches ahora parecían mucho más cortas. Las pasaba junto a La Dama Sin Rostro, aprendiendo, absorbiendo los conocimientos más profanos que la mujer pudiera impartir. A menudo la mujer le preguntaba por las enseñanzas del Padre Fermín y se burlaba con malicia cuando Edith repetía con tono paródico sus sermones, enfatizando las caras que el severo cura ofrecía cuando se emocionaba en sus lecturas.

En cierta ocasión un pequeño fragmento de piedra pizarra cortó los pies de la niña cuando acudía al encuentro de su platónico amor, y ni si quiera la sangre ni el dolor pudieron evitar que asistiera a su encuentro. Cojeando llegó a donde La Dama Sin Rostro se sentaba sobre una roca esperándola y cuando se acercó, el olor de la sangre le llamó la atención.

—Déjame ver tu herida mi amor.

Edith se acercó a ella y levantó el piel malherido y la dama lo agarró con la delicadeza de una caricia. Se escupió sobre la palma de la mano y la posó sobre la herida sangrante de la niña, que sintió una desconocida sensación cuando las fibras de sus músculos se expandieron para cerrar el corte, cuando la piel se desdobló como tela para vestir la carne desnuda. La sangre dejó de escaparse de su cuerpo y el escozor desapareció.

Edith jamás había experimentado nada como aquello y solo había leído semejanzas en los milagros de Cristo.

—¿Como lo has hecho? —Le preguntó fascinada a La Dama Sin Rostro.

—Simplemente le he pedido a tu carne que se cierre y ella ha obedecido.

—¿Es acaso milagro o brujería?

La dama esbozó una ladina sonrisa que la hizo sentir pequeña y estúpida.

—¿Acaso no son las dos cosas lo mismo?

Edith se quedó en silencio, sopesando. ¿Por qué debían los poderes del hombre ser la manifestación de Dios y los de la mujer los del Diablo? ¿No había María, virgen santísima, concebido a un niño sin encamar siquiera? Siempre quedaban los fines que encaminaban los medios, y ante eso...

—¿Que más puedes hacer?

Mientras formulaba la pregunta no pudo contener su ansiedad que atropelló las palabras. La curiosidad abría veredas desconocidas. Se sintió horriblemente tentada ante la posibilidad y lo exhibía con la ingenua malicia de un infante ante una travesura de la que se enorgullecía. La Dama Sin Rostro volvió a evocar su encantadora sonrisa, y tirándola suavemente del brazo, acercó a la chiquilla a su rostro encarnado y con ternura la besó en la mejilla. El efecto fue inmediato, un éxtasis atroz recorrió por las terminaciones nerviosas de la pequeña de tal intensidad que su cuerpo se arqueó como un arbolillo ante un huracán. Se llevó las manos a la entrepierna sintiendo un placer como jamás había conocido. La sangre coloreó sus mejillas y sus ojos se blanquearon al perderse la pupila entre los párpados. Cuando el placer terminó no pudo sino dejarse caer completamente exangüe. Tras unos segundos aún tenía espasmos en el gemelo derecho, recordatorio de un placer del cual el cuerpo aún no quería renegar. Sintió el cobre en la boca y comprendió que debió haberse mordido el labio en el proceso. Miró a la dama sin ojos que en silencio esperaba a que la pequeña se recuperara con una sonrisa tierna.

—¿Que ha sido eso? —preguntó cuando pudo calmar su respiración.

—El orgasmo de una mujer, que avergüenza al del hombre, impulsado por la magia de la carne acariciando tus terminaciones nerviosas bajo mis deseos.

—¿Como los hecho?

—Simplemente se lo pedí a tu cuerpo, y tu cuerpo obedeció.

—Pero no te he escuchado decir nada —observó Edith.

—¿Y acaso eso importa? ¿Hizo falta algo más que el silencio el día en que nos conocimos para saber que ambas estábamos destinadas la una a la otra?

Edith lo comprendía perfectamente. Aquella noche y sentadas bajo el testimonio de las estrellas había sentido su corazón radiante solo con su presencia.

—¿Cualquiera puede aprender?

—Solo pueden aprender las iniciadas, las tocadas por el don del amor y la muerte. Cuando ambos se consuman y se ofrece el sacrificio la mujer se inicia y la iniciada consigue poder.

—¿A qué te refieres? —preguntó Edith sin comprender.

—Eres una iniciada, mi pequeña. Lo supe la noche en la que nos conocimos, me lo dijo tu carne y tu sangre en silencio. ¿Acaso no asesinaste a tu madre al nacer? La persona que te llevó en su vientre y al que profanabas amor antes de si quiera conocer pensamiento, pues todos los seres vivos adquieren antes corazón que cerebro. Ella te dio el don de la vida y tu a cambio se lo quitaste. El pecado consumado refuerza el poder en nuestra carne.

Edith meditó las palabras.

—¿Entonces esta magia es malvada?

—Dramática, que no es lo mismo. Pero si eres lista, puedes engañar incluso al mismísimo Diablo.

Agarró las manos de Edith y las posó sobre donde tendrían que estar sus ojos. La piel era recia como una escama y la carne suave como un lecho de emperador árabe.

—Todas las iniciadas matan a su madre al nacer. Eso no se puede cambiar, y para profundizar en el arte de Lilith hace falta un sacrificio de sangre y carne, el asesinato de un ser amado como muestra de compromiso, más que de maldad, y como recordatorio del costo de la ambición, pero algunas, muy pocas, preferimos ofrecer objetos de nuestro amor, antes que a personas para potenciar nuestras artes ¿Te he hablado alguna vez de mis hermosos ojos negros?

Edith cerró los ojos, pero ya no había oscuridad sobre las cortinas de sus párpados. Una imagen se adueñó de todo pensamiento de la niña.

En ella La Dama Sin Rostro se encontraba en un pequeño pueblo admirándose ante el espejo. Tenía unos ojos de los cuales uno podría quedarse profundamente enamorado y ella lo sabía. Aquellos globos eran la pompa de su arrogancia en una vida tan antigua como vanal. No era una mujer rica, pero le daba igual, siempre y cuando tuviera aquellos ojos negros como la brea y profundos como el infierno. La Dama Sin Rostro, cuando aún tenía uno, se miraba al espejo y respiraba con sufrimiento y terror. Intentó no pensárselo más, así que se llevó la mano derecha al ojo izquierdo y con las uñas empezó a desgarrar el arco superior de sus cejas, e introdujo el pulgar en la cuenca, recordándole al globo ocular que era un espacio demasiado pequeño para tanta materia. Este estalló y junto a la sangre corrió por su mejilla mientras el grito que nació en su tripa se partía en su garganta para salir por su boca. El dolor era exquisito. La sangre caliente se escurría entre los resquicios de sus dedos y las uñas arrancaban músculo y carne hasta astillarse con el hueso. La consciencia se desvanecía por la brutalidad del acto pero las drogas que había tomado le ayudaron a mantenerse consciente para acabar el trabajo. Lloraba de dolor y de pena mientras en el espejo veía los terroríficos colgajos de lo que hace unos segundos eran símbolo de belleza. Lloraba por el ojo vivo y por el muerto, licuando aún más su sangre, perdiendo la intensidad del rojo y convirtiéndola en una rosa parodia de su deshumanización.

Cuando hubo terminado con el primer ojo se volvió a mirar en el espejo. La pérdida de su simetría no la hacía menos bella, y la sangre empapando sus manos y su cara, junto a su tenacidad ante el dolor la hizo sentirse una Diosa. La ofrenda había sido aceptada. En cuanto terminó de admirarse, sintiéndose bella vestida de sangre, comenzó a arrancarse el siguiente ojo, esta vez con más dedicación, dejando que su mente se empapara con el terrible dolor como forma de aprendizaje.

Edith volvió a la realidad y con tristeza y admiración, le besó la carne que cubría sus cuencas destrozadas.

—Cuando terminé, y con mis artes refinadas, pude alterar mi propia carne para cerrar mis venas y hacerme una diadema de carne que tapara mis cuencas marchitas. Un recordatorio de mis esfuerzos, por qué todos necesitamos trofeos de nuestras gestas.

—¿Entonces no necesitas asesinar a un ser amado para conseguir más poder?

Ella entornó los labios.

—El poder obtenido siempre corresponde al valor del sacrificio. En mi caso habría obtenido muchísimo más de haber sacrificado a otro ser vivo

en vez de parte de mi ser, pero en mi narcisismo y mi necesidad, yo era la única persona merecedora de mi amor, menospreciando a los demás por lo que veía o dejaba de ver en ellos. La oscuridad eterna me trajo claridad en ese aspecto, me invitó a sentir en vez de a observar, y puede apreciar los conceptos ajenos a mi cuando desapareció mi reflejo. El poder que obtuve fue paupérrimo comparado al que podría haber obtenido al acabar con un amante, o con un amado hijo, pero nunca fui una persona tan ambiciosa.

Edith volvió a besarla y la abrazó con fuerza. Sintió la pena en su sabiduría por mucho que la ocultara y se preguntó, incitada por la curiosidad antes que por el temor o por la duda, si el amor que la dama sentía por ella le habría hecho cuestionarse la sangre por el poder. No lo pensó mucho, le daba igual. Tampoco lo preguntó, lo consideraba una ofensa. La besó en los labios y su lengua buscó la comisura. La Dama Sin Rostro le respondió al abrazo y al beso, e hicieron el amor hasta que el galló cantó y por segunda vez en su vida, y en ese día, Edith experimentó el éxtasis. Mucho más intenso esta vez, pues provenía del deseo, de la adoración, y la conexión entre los cuerpos. Allí postradas con los primeros rayos de alba y la hierba acariciándolas Edith escuchaba el latir del corazón de la dama, completamente en calma.

—Enséñame —le dijo mientras la abrazaba.

La Dama Sin Rostro no dijo nada pues no le hacía falta.

Capítulo 3

Antonio tenía los ojos cansados de leer, pero no quería dejar de hacerlo. Por un momento dejó el libro e impulsó la silla hasta el cuarto de baño en busca de suero artificial para calmar su vista. Al verse en el espejo descubrió que era algo más, una venilla se le había roto causando un derrame y realmente parecía cansado, a pesar de que la lectura no hubiera sido tan ardua.

En silencio se miró en el reflejo y sopesó lo que había leído. Se había sentido horrorizado y a la vez conmovido por la insana relación de la pequeña niña con aquella bruja ciega. Era hermoso y a la vez turbador, recobrando los dogmas morales sociales referidos a la pederastia, aunque, por otro lado, intentó comprender en su hermosura que las épocas cambian la edad a la que un niño o niña se destinaba a perder los vestigios de su inocencia. Reflexionó y sumido en sus pensamientos, fue por primera vez que se dio cuenta de que en ningún momento se había cuestionado la veracidad del relato. No, había algo en la lectura que lo hacía reconocer como real por mucho que lo leído sonara a fantasía. Más real que en las miles de Biblias de las miles de religiones a las que se había postrado buscando consuelo y respuestas para su recuperación.

También dedicó un par de pensamientos al autor de la obra pues, aunque recogía de forma omnisciente los hechos, parecía saber demasiado de los pensamientos de la chiquilla y sus motivaciones. El libro no traía registro alguno sobre el nombre del escritor, más no le había importado hasta ahora.

Por último, miró la silla de ruedas, con la bolsa de la sonda colgando de una de las manillas, y un gesto de desprecio se asentó en su cara con alevosía. Estaba seguro de que en el libro encontraría la respuesta a sus plegarias y que aquel horrible instrumento de metal dejaría su vida de una vez por todas. Arrancaría la barra del baño, mandaría a la mierda al resto del servicio, y bailarían sobre la tumba de su difunta esposa. Lo deseaba con tanto ahínco que no podía entender por qué le aterraba tanto. ¿Acaso tendría que hacer algún sacrificio para poder optar a su recuperación? En las misas más oscuras de demonismo había rasgado el cuello de animales para invocar al maligno, pero aún en su terquedad y obsesión, no había siquiera planteado realizar un sacrificio humano ¿Y la alternativa? La bruja se había arrancado los ojos, en unas terroríficas líneas que aún se repetían en el cerebro de Antonio, para conseguir su magia ¿No sería contraproducente? Antonio igualmente reposó la información para entrever que ni él era mujer ni había asesinado a su madre al nacer.

No, él no podría jamás ejercer ese poder sanador y milagroso, pero sabía que si seguía leyendo, hallaría las respuestas. Lo sabía cómo un recién nacido sabe que dilatar el diafragma inunda de aire los pulmones.

Era un factor innato que palidecería el mejor de los instintos y ese mismo sentimiento le inundaba de un terror inexplicable, una voz en su cabeza le rogaba que dejara el libro, que lo lanzara a la basura y la prendiera fuego. Estaba muy asustado, más la obsesión era más fuerte.

No aguantó más. Volvió al escritorio y siguió leyendo.

Capítulo 4

En los días posteriores Edith comenzó a aprender los patrones básicos de la comunicación silenciosa con la carne. La Dama Sin Nombre era una profesora paciente y Edith una alumna aplicada. Tal es el punto que mientras que por las mañanas aprendía costura, latín y las normas de conducta aprobadas por la iglesia para una dama, por la noche aprendía las formas de violar a su antojo las creaciones de Dios.

Aprendió con premura a curar dolor y a causarlo. Un simple toque de sus manos y los cortes que hacían a su delicada piel las zarzas, la hierba seca y los arbustos se sanaban. Con el mismo toque podía causar dolor, abrir la piel y rasgar la carne en pequeñas heridas superficiales. Lo probaba consigo misma y con la Dama Sin Nombre que le cedía su cuerpo. También probó con ciertas alimañas que curiosas ante las mujeres que invadían su coto de caza, salían a investigar. Llegó a matar un rata cuando no supo controlar su poder, e intentó sanarla cuando ya era demasiado tarde, más aunque el cadáver del animal ya había expirado sus últimos alientos, la carne seguía rasgándose y curándose ante su frágil voluntad.

Luego, después de las lecciones, danzaban y fornicaban hasta que la luna se despedía y el sol se alzaba a mirar. Siempre abrigadas por las estrellas, Edith creía que jamás podría estar más enamorada, y rectificaba pensando lo mismo al día siguiente.

Combatir el cansancio fue la parte más dolorosa para la joven niña que veía agotadas sus energías por sus aventuras nocturnas y debía mantener las apariencias antes sus tutores y servidumbre por miedo a su padre, pero al poco también aprendió a alterar los estados de su cuerpo con un simple pensamiento. Con solo quererlo podría sentirse completamente descansada a pesar de llevar días sin dormir, aumentar o disminuir su apetito a voluntad, así como los diferentes estados fruto de los factores externos tales como el frío y el calor.

Cierto día, cuando la vieja pelleja que su padre había contratado para sustituir a Elisa la regañaba por su falta de modales en la mesa, Edith intentó causarle cansancio mental para empeorar las migrañas de las que tanto se quejaba la mujer. No consiguió nada. La miró con más fuerza y le exigió a la carne que dilatara su cerebro, que envejeciera, y lo máximo que consiguió fue que la señora le mirara extrañada cuando comenzó a sangrarle la nariz y se mareó hasta el punto de casi caerse de la silla. Edith aprendió por las malas que no era tan fácil ordenar a la carne ajena y hacerla obedecer. Esta se resistía a la diabólica anti-naturalidad de las exigencias de la niña y eso destrozaba su mente y su espíritu en el proceso. Fue la misma vieja que ante la había regañado la misma que la ayudó a levantarse de la silla y la llevó a colocarse otro vestido que no

estuviera manchado de la sangre que manaba de su nariz como un grifo.

—¡Por supuesto que no puedes hacer tales cosas! —le repuso divertida La Dama sin Nombre cuando Edith le preguntó al respecto. Se encontraban tumbadas sobre una roca en su claro favorito del bosque. Ella aún tenía los dedos cálidos - ¡Apenas eres una iniciada! Invocar la carne ajena para ejercer sobre ella algo más que pequeños cortes requiere de un poder notable.

Edith se molestó por el tono condescendiente que empleaba.

—¿Y cómo consigo ese poder?

La Dama Sin Nombre dejó de reír.

—¿Me amas pequeña mía?

Edith la miró sorprendida. No por la pregunta que la Dama le había hecho, si no por haber sido tan maliciosa para haber formulado la suya propia.

—Por supuesto —Dijo sin poder evitarlo —Cada día más.

La Dama se incorporó con presteza y con un gesto apuntaló su dedo índice sobre la parte de su rostro donde antaño había estado su ojo izquierdo.

—Pues si quieres más poder, es aquí donde encontrarás menos resistencia. Tras estos trozos de carne moldeada no hay hueso que pueda parar evitar la incisión de un cuchillo directo a mi cerebro.

Edith palideció ante la idea. Sintió el terror y se odió así misma el haber encaminado por despecho la conversación hacia ese lugar.

—¡No! —Gritó de pavor ante la idea —. ¡Jamás!

Pero la Dama no parecía apenada o compungida.

—¿Acaso buscas profanar el hueso también? La carne se corta fácil con un cuchillo pero tus delgados brazos necesitarán potencia para traspasar una capa de hueso —Le agarró las manos a Edith y se las colocó cerca de la clavícula —. Por aquí, entre los barrotes de mi esternón, hay huecos donde una daga fina, tal vez un cuchillo de trinchar, podrían colarse hasta llegar a mi corazón como un rayo de sol a los ojos de un preso.

—¡Cállate! —Gritó Edith.

Le arrancó las manos del pecho y con los ojos anegados de lágrimas se levantó de su lado y se separó. A moco tendido soltó su pena, y nunca se avergonzó de admitirlo, pues la odiaba por haber sido tan horrible y, sobre todo, se odiaba así misma por dejar que el despecho y la maldad propusiera lo impronunciable.

La Dama parecía extrañada.

—¿Por qué lloras amor mío?

Edith de rodillas apretaba los puños, su húmeda barbilla entre mocos y lágrima tocaba su pecho y el fluido resbalaba por su desnudo pecho. Se sentía sucia y se sentía horrible. Quería desaparecer.

— ¡¿Por qué dices esas cosas tan horribles?! - Le gritó Edith a La Dama - ¡Nunca te haría daño! ¡Nunca! ¡Te quiero!

—Por eso sé que funcionaría...

Edith se acercó y la golpeó casi sin fuerzas, más como un pataleo inútil liderado por la pena.

—¡Cállate! ¡No quiero hacerte daño! ¡No quiero hacerte daño!

Repitió las cuatro palabras como un mantra mientras se hundía en el pecho de la Dama, y esta la envolvió en un tierno abrazo mientras poco a poco su voz se debilitaba haciéndose casi indistinguible por el llanto.

—También sé eso, cariño —Le dijo con suavidad mientras la terminaba de abrazar y apoyaba la barbilla contra la clavícula de la pequeña.

—¿Entonces por qué dices cosas tan horribles?

—Por qué me pediste que te enseñara, y eso implica lo bello y lo horrible de nuestro don.

Al día siguiente y por la mañana Edith se peinaba en su habitación tras el lujoso tocador meditando la lección de la noche anterior. Sopesando con cautela las terribles palabras de su mentora y amante. Aún tenía las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos por el llanto y tenía que ejercer esfuerzos de voluntad colosales, tanto para mantener sus ojos limpios y libres de sospechas usando su poder, para digerir la lección sin volver a llorar.

Mirándose en el espejo se acordó de la historia que la Dama y de cómo había sacrificado su narcisismo para aumentar su poder. Ella se miró

detenidamente. No era una niña especialmente atractiva. Tenía el pelo rubio de color casi cenizo y no muy largo. Los ojos eran de un color verde hermoso, más algo pequeños y separados. Una nariz pequeña pero respingona. Su busto aún florecía, pero se le antojaba pequeño y mísero en comparación al de la dama. No veía nada que fuera de especial interés, pero supuso que eso, a fin de cuentas, no era lo que realmente importaba.

Ella se amaba así misma de la misma forma que se aman los que tienen algo por lo que vivir. Miró el peine que todos los amaneceres eliminaban los restos de la naturaleza para evitar que Padre se enterara por los cotilleos de las sirvientas. Era un peine bonito, artesanal, con un mástil de cerámica ornamentado con mujeres orientales dibujadas. Había sido de su Madre, un regalo de Padre que había conseguido en unas de sus muchas intervenciones económicas en el mercado oriental y Edith nunca creyó que lo vería como lo estaba viendo ahora mismo. El pomo del peine era de mármol y oro y lo hacía especialmente pesado, así que antes de pensárselo demasiado lo agarró por las hebras y con un movimiento de brazo violento se lo impactó bajo el pómulo derecho. Sintió la quemazón del dolor cuando la piel se rasgó y un poco de sangre se vertió sobre su labio, más el miedo al dolor habían debilitado la intención del impulso y no había sido suficiente.

Lo intentó otra vez y esta vez, no intentó aguantar el dolor. Lo abrazó. El pomo del peine impactó con fuerza sobre la mejilla derecha y notó la cesión del hueso. Sus dientes se tiñeron de rojo con la marea de sangre y saliva. Gimió de dolor, escupió sin querer la sangre sobre el tocador y este impregnó el espejo. Se llevó la mano libre a la zona dolorida como una caricia inocua y lo máximo que consiguió fue vestir de sangre su cara desde la barbilla hasta el ojo derecho. Había sentido cederse algo y solo sentía dolor. Se sentía tonta, dolorida y humillada, pero no quería acabar ahora. Si quería fortalecerse sin dañar a la Dama tendría que ser así. Otro golpe más directo en el mismo sitio y aquí el dolor le hizo ver las estrellas cuando un par de molares se desprendieron de la encía. Intentó no gritar pero fue en vano más por suerte la sangre y la saliva taparon parcialmente el grito al convertirlo en una gutural salpicadura. Los molares cayeron sobre el recibidor. Haciendo acoplo de su poder cerró la hemorragia y para el dolor, y aunque no notaba ningún cambio en sí misma, agarro los dientes del tocador como ansiados premios. Sonreía y aunque ahora había un par de grotescos huecos se sintió victoriosa. El golpe de la bandeja y el metal al caer al suelo la sacó de su dicha.

Se giró hacia él violento estrépito para ver como la vieja criada se encontraba pasmada con la bandeja de metal y los cántaros de agua caliente derramados por el suelo de la habitación. Los ojos como platos tan abiertos y la piel tan pálida que parecía una muñeca de cerámica. La pobre mujer había entrado para encontrarse a la joven señorita cubierta de sangre de los pies a la cabeza, sonriendo con los dientes rojos como el

infierno en una escena de grotesca visceralidad. Del espanto había soltado las aguas para el baño de la señorita.

El terror se apoderó de la niña y su cerebro empezó a trabajar a toda velocidad para buscar algo que excusara aquella dantesca escena... y fue la suerte, por desgracia de la vieja señora, demasiado mayor para tales espantos, la que la salvó. La vieja tenía la cara inflada como una pompa de jabón y abrió la boca para gritar, pero un sonido sordo salió de su tráquea. Se llevó las temblorosas manos al pecho como intentando frenar un corazón que se había desbocado, y se desplomó sobre los cántaros como un fardo de paja rancia.

El infarto iba en un progreso, horrible. La cara de la mujer se volvió roja e intentó gritar pidiendo ayuda, pero apenas fue un estertor febril lo que bañó sus labios. Edith se acercó a la mujer y allí, mientras la vieja le suplicaba ayuda con la mirada, que avisara a alguien, la vio morir. Vio el halo de sus ojos apagarse como una llama y como de su boca muerta la lengua perdió la fuerza y acabó sobresaliendo de sus labios. Poco a poco el sonroje de las mejillas de la mujer se tornó en un cerúleo. Sería el primer cadáver que la joven niña vería en su vida, y aunque por un lado lamentaba su muerte, no podía dejar de agradecer la conveniencia de la guadaña de la parca. Arrastró el cadáver hasta el tocador, así como los cántaros y la bandeja. La respuesta oficial sería que a la vieja le sobrevino la muerte mientras ella se peinaba. Cayó sobre la niña haciendo que esta se golpeará la cabeza contra el tocador. No era la mejor de las excusas, pero tenía que funcionar, debía hacerlo.

Durante los días siguientes la casa se convirtió en caos. El fuego se avivó por lo acontecido y la muerte de la doncella mantuvo a todos con las manos ocupadas. Fue el padre Fermín el que dio la extremaunción póstuma a la mujer y el Padre de Edith accedió a enterrar el cadáver de en el camposanto familiar en honor a los años de servicio y dedicación. Otra nueva criada fue contratada, una mujer de Dios llamada Sor Merina y aconsejada por el cura Fermín que había dejado el convento, pero no los hábitos. La idea no dejaba de ser harto extravagante pero la idea surgió a la falta de temple y concentración de la pequeña Edith en las últimas semanas en las clases, sobre todo en las ligadas a las santas escrituras. Sor Merina era una mujer joven y completamente devota que significaría un hálito de aire fresco para la educación de la niña, que serviría de amiga y criada, y de aliciente en la focalización cultural y religiosa. Era, si se me permite decirlo así, muy poquita cosa de mujer. Baja y delgada, no mucho más alta que la pequeña. Su escuálido aspecto la hacía parecer o demasiado enferma o demasiado joven para las vestiduras. Desde el primer día se interesó por la pequeña Edith y curiosamente, causó el impacto contrario de la intención. La niña tenía sus secretos intereses marcados y la joven monja no hacía más que presionarla continuamente con su agobiante presencia. Le preguntaba sobre la antigua mujer, la animaba a dejarse peinar, la seguía halla a donde a fuera para

preguntarle sobre sus gustos y preferencias o simplemente relatarle casi de memoria hermosos versículos de amor del nuevo testamento.

El señor de la mansión instó a Sara, muchacha mucho más taciturna y distante tras la violenta despedida de su amiga Elisa, a limpiar la sangre del espejo y el tocador de la pequeña. Tardó casi dos días en sacar lo máximo posible de la sangre, más la oscura madera de roble seguía teniendo manchas pardas donde el vitae se había filtrado con más intensidad. Lo que nunca consiguió encontrar, y tampoco le dio demasiada importancia, fue los dos molares que la joven había perdido. Los habría encontrado si hubiera mirado en el dobladillo bajo el colchón de su cama donde Edith con torpeza los había cosido en un saquito.

Haber estado a un silbido de la fortuna de haber sido descubierta redujo en mucho la temeridad de la pequeña, y añadido el caos y a la absorbente Sor Merina, Edith no pudo visitar a su amada durante casi una docena de noches. Dormir en su cama se le antojaba extraño y prefería aquella piedra vestida de musgo el firme pecho de La Dama sin Nombre. Le sabía a tristeza tanta vana comodidad y su único consuelo era dejar caer el brazo por el colchón, y con delicadeza tocar los dientes tras el saquito fruto de su esfuerzo. Casi como una acción involuntaria tocaba con la punta de su lengua los huecos donde antes habían estado sus dientes mientras sopesaba su sacrificio y aún con todo, no había notado cambio alguno ni en ella, ni en sus poderes. Había probado a debilitar el casi inquebrantable espíritu de la monja para obligarla a descansar de su virtuoso acoso, pero otra vez, solo había conseguido una migraña y un derrame en la napia.

Cuando pensaba en su amada Dama Sin Nombre, nunca temió qué tal como vino se fuera, buscando otro lugar donde bailar con los espíritus, buenos y malignos, que habitaban en el bosque. Sabía que sobre aquella placentera piedra de musgo la esperaría incluso décadas si fuera preciso, y si se cansara de esperar, ella vendría en su búsqueda. Al cuerno con los caballeros de flamante armadura. No era un dragón quien la retenía, si no un hombre necio y pobre de corazón. Su amada no necesitaría espada o escudo para rescatarla... ¡y oh de quien se atreviera a interponerse! La Dama era un ente pacífico, pero a Edith aquellos tortuosos días le gustaba imaginarla removiendo el cielo y la tierra en su búsqueda, luchando contra guerreros, guardias, iniciando una guerra como Paris de Troya por amor. Eran pensamientos inocentes de épica barata que le sacaban una sonrisa en aquella espantosa cama de seda. Simples pensamientos de desahogo, pues ella no le deseaba mal a nadie, ni si quiera a aquella pesada monja. Simplemente le gustaba pensar en aquello como un cuento donde el dragón era quien salvaba a la hermosa princesa del estúpido caballero.

Pasado el tiempo la tempestad sobrevino a una nueva e inusitada calma. El Padre había vuelto a volcar su intelecto en sus apremiantes y lucrativos

negocios de ultramar y Sor Merina, aunque incansable, había percibido que dar espacio a la pequeña era la mejor forma de acercarse a ella. Edith vio recompensada su paciencia y casi con ansiedad pudo dejar al fin su incómodo lecho de seda para cambiarlo por la placentera y áspera piedra y el torso de la bruja.

Abandonó la hacienda y se internó por el bosque evitando los senderos. Se acompañó del sabor de los roces de la naturaleza en sus blandos pies y caminó sobre las piedras y zarzas como si fueran algodones. Allí y acomodada en la piedra la esperaba la hermosa Dama que contaba las lunas sin necesidad de mirarlas, y cuando Edith se sentó a su lado con el calor de la sangre por los cortes de los pies, la madura bruja se agachó para besar sus heridas, estremeciendo el bajo vientre de Edith de placer a medida que se cerraba la carne y cesaba el sangrado.

Durante un largo rato charlaron usando tan solo los labios, la lengua y las manos y sin emitir palabra alguna, y cuando terminaron, fue La Dama quien rompió el silencio con su voz con una pregunta que la perseguiría de por vida.

—¿Qué ha cambiado?

—Intenté seguir tus pasos, pero nada ha cambiado.

—No me refería a eso, mi niña, ya he notado la ausencia de tus dientes con mi lengua....

—Pero no he conseguido más poder, o al menos yo no lo siento.

La Dama ríe ante tamaña ingenuidad.

—El dolor físico no es sacrificio mi pequeña, tan solo penitencia. Es el acto de la condenación impenitente lo que satisface a las moiras que hilan nuestro destino y pueden dar grosor a nuestro hilo.

—No te entiendo.

—Has herido tu hermosa sonrisa, pero no la amabas, y en cualquier momento puedes reconstruirla o hacerlo yo.

—Tú también tus ojos —Respondió Edith sin titubear y se arrepintió por haber tocado con tan poco tacto tan ínitmo tema.

—Podría, cariño, más no lo haría. Mi acto fue un compromiso con mi poder y conmigo misma.

—¿Y si yo tampoco reconstruyo mis dientes? ¿Se aceptaría?

La Dama meditó un segundo.

—¿Estarías dispuesta a sacrificar tu pelo, arrancarte las uñas, quebrar tus huesos, arrancarte tus ojos y arrancarte los dientes si con ello me salvaras? ¿Te someterías a un grotesco castigo físico solo por evitar que me abrasen las llamas del destino?

Edith no meditó. No dudo.

—Por supuesto.

La Dama sonrió y Edith se dio cuenta de que le había respondido. Cuando la bruja posó las manos sobre los labios de la niña ella no lo intentó evitar.

—Crecerán con el tiempo, y así nadie dudará que fue obra del orden natural.

La pequeña besó las yemas de sus dedos como respuesta.

—No vuelvas a lastimarte —le aconsejó la Dama—. No conseguirías nada con ello.

Edith se recostó a su lado y admiró el vasto sin fin de estrellas mientras escuchaba el latir de su corazón aún plétórico por el placer y la felicidad que sentía a pesar de haberse auto mutilado por nada. Pero la bruja seguía inquieta, ella, sabía que tanto sabía, pues no tardó en volver a insistir en su pregunta inicial.

—Aún no me respondiste... ¿Qué ha cambiado?

Y Edith no supo que responder hasta varios años más tarde y la Dama Sin Rostro jamás averiguó la respuesta en vida.